

PLURALISMO RELIGIOSO

El poner una pregunta como título de un encuentro como el nuestro demuestra por parte de los organizadores tres características: el gusto por la historia como fuente de conocimiento; la apuesta por el pensamiento y la razón para hacer frente a los problemas que van surgiendo; y, evidentemente, una pasión por la distinción, en este caso más que pertinente, entre unidad de fe y cualquier otro tipo de uniones, más o menos administrativas.

Digo gusto por la historia porque las resonancias y evocaciones de la pregunta planteada son largas y numerosas. No es necesario retrotraerse a tiempos muy pretéritos para haber notado en las propias carnes cómo la Iglesia más que al servicio de la unidad de fe, estaba al servicio de otro tipo de unidades. En estos tiempos se vislumbra que, tal vez, la Iglesia no se acuerda de sus propios errores históricos.

Digo apuesta por el pensamiento y la razón, porque el preguntarse sobre uno mismo, sobre nosotros mismos, es una de las notas características del ser humano. Si podemos hacer una aportación positiva a toda esta situación será siempre dando voz a la razón y altavoz a las razones.

Digo pasión por las distinciones, porque, sin caer en bizantinismos, las necesitamos como el pan de cada día, para vivir como ciudadanos de la llamada sociedad compleja, y para vivir con plenitud adulta en la sociedad eclesial.

Mi sencilla aportación la hago desde la disciplina a la que, gracias a Dios, me dedico: la Sagrada Escritura.

1.- La necesidad de mirar a los orígenes: la comunidad cristiana primitiva

Lo primero que tenemos que decir es que, mirando a los orígenes, no podemos hablar de la comunidad cristiana, mucho menos de **una comunidad cristiana**. Ya en el s. XIX la Escuela de Tubinga hizo un intento de conocer y explicar la unidad dialéctica que se producía en el interior del nuevo movimiento cristiano. Distinguía dos partidos relacionados entre sí a modo de tesis y antítesis: el petrinismo y el paulinismo, representados a nivel literario por el evangelio primitivo de Mateo y por las cartas auténticas de Pablo, respectivamente. Los demás escritos quedarían referidos a ambos bloques según la tendencia que manifestaban. Así 1Pedro y Santiago sería un intento de mediación de los petrinistas y la obra de Lucas (Evangelio y Hechos) y las cartas deuteropaulinas, el intento mediador de los paulinos. La síntesis estaría representada por el evangelio de Juan, con el que, según Tubinga, el cristianismo primitivo alcanzaba su punto más elevado y su conclusión.

Los posteriores estudios han permitido conocer que no hubo sólo dos tendencias en el cristianismo primitivo, sino toda una gama llena de tensiones y conflictos internos: judeocristianismo, cristianismos sinópticos, paulinos, joánicos e incluso gnósticos, focalizados a veces geográficamente: Galilea-Jerusalén, Antioquia de Siria, Corinto, Éfeso, Roma. Destacar su multiplicidad conlleva hacerlo también con su **unidad fundamental**. Por razones de semejanza a la situación actual, quiero focalizar la mirada en uno de los primeros conflictos internos serios, si no el primero, que sufrió la comunidad cristiana en sus orígenes.

2.- Hebreos contra griegos: génesis del conflicto

Pronto terminó la imagen idílica que presenta Hch 2,6: ... y cada uno los oía hablar en su propia lengua” y la imagen que presentan los famosos sumarios de los capítulos 2, 4 y 5. Hechos 6 comienza señalando un enfrentamiento de base entre los de lengua griega y los de lengua hebrea que se manifiesta en un hecho puntual: la desatención de las viudas helenistas en la asistencia diaria (6,1). Da dos datos interesantes: “por aquellos días” y “al multiplicarse los discípulos”.

¿Qué días eran aquellos? El texto inmediatamente anterior nos cuenta la intervención del maestro fariseo Gamaliel en el sanedrín (5,34-42). Llama la atención que el jefe de los fariseos, es decir de los que hicieron todo por matar a Jesús, sea precisamente el que argumente a favor de los discípulos de Jesús. Pero ese apoyo no es gratuito: “ni un solo día cesaban de enseñar en el Templo” (5,42) (es decir, seguían “dentro” del sistema religioso judío) y “desatienden a las viudas de los helenistas”. El precio que los apóstoles pagaron por la “ayuda” que les brindaba el sistema político-religioso judío fue la ruptura de comunión y de fraternidad interna. Hay que ver otros “precios” actuales que pagan los sucesores de los apóstoles: ejemplo de la guerra de Irak.

“Al multiplicarse los discípulos”: ¿de quiénes se trataba? Dice el texto más adelante que “el número de los discípulos se multiplicaba en Jerusalén y una gran multitud de sacerdotes iba aceptando la fe” (6,7). Es decir, el conflicto surge cuando **una parte**, una tendencia, quiere llevar a todo el grupo y a toda la comunidad por los derroteros que le convienen o le insinúan desde el poder.

A partir de este conflicto, la propia comunidad entra en una fase de diferenciación progresiva. El grupo de los helenistas, encabezados por Esteban, se va a disgregar cuando éste sea martirizado por sus críticas al Templo y a la Ley (comparar con 5,42!). Una parte de ellos con Felipe a la cabeza, evangelizan Samaria y las ciudades costeras grecopalestinas; otra, se dirige a Antioquia de Siria, donde la conversión de personas paganas supondrá un nuevo conflicto entre las diversas tendencias. Siempre a cuenta de unos temas que rozaban el tema “nacional” judío, ahora la circuncisión y la comunión de mesa con los paganos.

3.- La gran convención de Jerusalén (Hch 15 y Gal 2)

El “acuerdo” de Jerusalén no es salomónico, pese a que así se suele interpretar. El planteamiento previo no era “cuánta ley judía hay que cumplir” para ser cristiano, sino “si la ley era necesaria o no para ser cristiano”. Hch 15 nos muestra una versión más “jerosolimitana”: “no imponer más cargas que las indispensables: abstenerse de lo sacrificado a los ídolos, de la sangre, de los animales estrangulados y de la impureza” (Hch 15,29). Desaparece toda connotación “étnica” o “nacional”: la circuncisión y la separación de los paganos. Gal 2 es más radical. Dice Pablo que los notables “nada nuevo me impusieron” (2,6), aunque acaba reconociendo que “sólo nos pidieron que nos acordáramos de los pobres, cosa que he procurado cumplir” (2,10). La clave de la solidaridad puede mantener “unida” la comunidad.

4.- Significatividad de las comunidades cristianas primitivas para nuestro hoy

a.- El movimiento de Jesús nació en medio de una profunda crisis en la sociedad judeopalestina, pero supo articular una **respuesta global** a dicha crisis, enmarcándola en un horizonte de sentido, donde jugaba el papel fundante tanto el Reino de Dios proclamado por Jesús como su heraldo, Jesús mismo. Y cuando veleidades nacionales entraban a formar parte del movimiento (incluso tempranamente, cf. Santiago y Juan y sus cargos en el “reino”), surgían enfrentamientos innecesarios. No escuchamos a los obispos españoles hablar últimamente mucho de Jesús o del Reino... a no ser del reino de España. Ojo.

Ese movimiento está plagado de **nombres** (el nombre en el mundo bíblico es la persona misma): la comunidad tiene rostro humano, no ahoga la personalidad y el modo genuino de ser y de hacer de cada uno. Nombres unidos al mismo Padre, por tanto hermanos, no por hecho de sangre (de etnia) sino por causa de hacer la voluntad de Dios como la hizo el propio Jesús (Mt 12,46-50; 23,8-9). Hermanos al **servicio decidido y proexistente** de todos aquellos, todos, cuya vida esté amenazada, reducida, desprotegida, humillada, herida.

b.- De las comunidades paulinas podemos aprender **la participación de las personas** en una dinámica y compleja vida comunitaria: infinito el número de las personas citadas, la diversidad de ministerios y carismas, los muchos conflictos y episodios azarosos. Siempre contando con **la responsabilidad de los creyentes** por hacer del cristianismo una **realidad socialmente viable** a partir de estructuras sociales existentes o emergentes. Lo que teológicamente está en juego en las iglesias domésticas paulinas no es la sacralización de una estructura social (en este caso la casa/familia), sino la búsqueda de una posibilidad social que permita establecer y vivir los vínculos de fraternidad y vida nueva de la fe en Jesucristo.

Las comunidades paulinas combinaban y respondían a tres aspiraciones muy sentidas en aquel tiempo: el carácter voluntario, de modo que cualquiera pudiese libremente participar; la base doméstica, que proporcionaba un marco de relación interpersonal consistente y un asentamiento sobre una estructura social muy sólida; y la aspiración a una fraternidad universal que cautivaba a las gentes educadas al modo grecorromano y a no pocos judíos. Tres referentes interesantes para nosotros.

c.- De la primitiva comunidad de Jerusalén destaco la **dimensión espiritual** y la **mirada hacia delante**: se debatía entre la tendencia restauracionista, preocupada por el pasado y restrictiva, y la “violencia” (viento y fuego) del Espíritu en Pentecostés, que empuja adelante, hacia el futuro, hacia la misión universal (todas las naciones, toda carne, Hch 2,17; para los de lejos, Hch 2,39).

Esto fragua en unos sumarios de comunidad en los que la centralidad está puesta en los **testigos** (no es una enseñanza de maestros), en la **eucaristía**, en la **solidaridad** y en las **prácticas liberadoras**.

Es una torpeza de alcance histórico que los obispos españoles trabajen por la unidad nacional, cuestión impertinente para ellos, cuando precisamente eso puede hacer peligrar la unidad de la fe, que es la que tienen que mantener, cuidar y potenciar. Con perdón, zapatero... a tus zapatos!